

Las dos vías de la imaginación poblacionista argentina: natalismo e inmigración entre 1914 y 1955 *

Carolina Biernat **

La certeza decimonónica de la inmigración ultramarina como generadora del crecimiento demográfico y como engranaje del modelo agroexportador sufre sus primeros cuestionamientos en los años de la Primera Guerra Mundial, en los que se comprueba la dependencia del flujo migratorio con contextos excepcionales mundiales como las guerras y, una década más tarde, en la coyuntura operada por la Gran Depresión, en la que se constata un dramático descenso del aporte de extranjeros ocasionado por la disminución de la oferta y, en menor grado, por las políticas restrictivas del Estado argentino. A estos dos llamados de atención se le suma la sospecha, apenas probada como tendencia por el análisis comparativo de los datos aportados por los censos de 1895 y 1914 de la declinación de los índices de natalidad.¹

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las jornadas Perspectivas históricas sobre el estado argentino, Universidad Nacional de Quilmes, Provincia de Buenos Aires, 26 y 27 de junio de 2003. Agradezco a Omar Acha su atenta lectura y acertadas críticas al texto original.

** UNCPBA.

1. En el estudio introductorio de la edición oficial del Tercer Censo Nacional (1914), el reconocimiento del crecimiento absoluto de la población (100 por ciento en 19 años o 5,2 por ciento anual) va seguido de la advertencia de la "*continua y progresiva disminución de la natalidad*". Alberto Martínez, "Consideraciones sobre los resultados del Tercer Censo Nacional de Población", *Tercer Censo Nacional de Población*, Buenos Aires, 1914, Tomo I, pp. 66-76.

Si bien la constatación de la desaceleración del ritmo de crecimiento de la población y de la disminución del aporte inmigratorio no interfiere en la convicción del poblacionismo argentino acerca de la interdependencia entre incremento demográfico y expansión económica, sí lo hace en la reflexión acerca de los factores que posibilitan la multiplicación del capital humano. A pesar del reconocimiento del valor de la contribución ultramarina como factor de desarrollo y como regeneradora de la decadencia vital de la nación –siempre que sea sometida a criterios de selección y encauzamiento–, nuevas voces comienzan a insistir en la necesidad de reforzar los factores endógenos que aseguren el incremento demográfico. Como consecuencia una incipiente y hasta por momentos confusa tensión discursiva entre ideas “*inmigracionistas*” e ideas “*natalistas*” se perfila, durante el período de entreguerras, en el marco de una política de admisión de extranjeros crecientemente restrictiva.

La apertura al flujo inmigratorio operada por el primer gobierno peronista como engranaje de sus ambiciosos planes de desarrollo, encuentra al debate entre “*natalismo*” e “*inmigracionismo*”, además de nutrido en argumentaciones, requerido por la nueva realidad. La convivencia antes confusa entre quienes apostaban a la reproducción de los factores endógenos de la población y aquellos que sostenían la necesidad de incorporar componentes extranjeros para multiplicarla, se reconfigura en definidos frentes de ideas. Si para los primeros la política de atracción es visualizada como una estrategia de corto plazo con el fin de cubrir el déficit de mano de obra en los ámbitos de la construcción de obras públicas, los proyectos industriales militares y las actividades manufactureras y rurales, para los segundos significa el regreso a los principios de “*puertas abiertas*”. Al interior de cada campo, una multiplicidad de matices revelan la complejidad y contradicciones características de ideas en constante movimiento.

Los debates se desarrollarán en el espacio de la opinión pública y en el campo académico en vías de profesionalización. Se trata de reflexiones de amplia circulación en la sociedad y cuya influencia en las decisiones públicas, potencialmente no desdeñable, debería indagarse en el futuro. El objetivo del presente trabajo es dar cuenta del desarrollo de las ideas sobre el crecimiento de la población en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. La primera parte será destinada, entonces, a analizar los cambios operados en el pensamiento poblacionista argentino en los años de la entreguerra. La segunda intentará presentar el desarrollo y la conclusión de la confrontación entre los criterios “*natalista*” e “*inmigracionista*” durante los años del primer peronismo.

1. Las ideas poblacionistas en la Argentina entre las dos guerras mundiales

Las optimistas cifras del crecimiento de la población presentadas por el Tercer Censo Nacional y junto con ellas los indicadores de la rápida y uniforme expansión de los sectores más importantes de la economía argentina entre 1895 y 1914,

comenzarán a ser puestas en cuestión pocos años más tarde. Tras la escena promisoriosa del Centenario, se correrán telones que dejarán en primer plano realidades hasta el momento no consideradas. Por un lado, la duplicación del número de habitantes registrada entre el segundo y tercer censo nacionales –generada en parte por la disminución del índice de mortalidad, pero sobre todo por la renovación de las oleadas inmigratorias procedentes del sur de Europa que mostraban en 1914 una sociedad compuesta en uno de sus tercios por extranjeros- ocultaba problemas tales como la tendencia al envejecimiento de la población y su desigual distribución regional, ambos agravados poco tiempo después por el repliegue del aporte inmigratorio durante la Primera Guerra Mundial y por el brusco descenso de las tasas de natalidad a partir de 1930.² Por otro lado, las señales de la expansión sostenida del modelo agroexportador –que de todos modos se enfrentaban desde la primera década del siglo XX con una visión menos optimista de los resultados económicos y sociales a alcanzar en el mediano plazo, defendida por grupos nucleados en torno a la Unión Industrial, por representantes de las áreas que quedaban relegadas respecto del desarrollo de la región litoral, por líderes anarquistas y socialistas y por sectores de la élite católica- ya habían empezado a encontrar una limitación en el punto de su indisoluble vinculación a los vaivenes de los mercados externos.³

Alejandro Bunge –miembro de una familia de renombre nacional, ingeniero electrónico, recibido en la Universidad Real de Sajonia con una fuerte formación en matemáticas aplicadas, director de Estadísticas del Departamento Nacional de Trabajo en 1910, Director Nacional de Estadísticas entre 1915 y 1925 y profesor de

-
2. Sabido es hoy que en el período comprendido entre 1914 y 1930 el crecimiento de la población argentina, que se desarrolló con una tasa media anual del 3 por ciento, se debió a una incidencia similar del crecimiento vegetativo (sobretudo por el descenso de los niveles de mortalidad) y del aporte extranjero. A partir de 1930 y durante los siguientes cincuenta años, el incremento demográfico que osciló entre el 1,9 y el 1,5 por ciento anual, dependió fundamentalmente del crecimiento vegetativo antes que de los saldos migratorios (salvo entre los años 1945 y 1955 en los que se asistió a un leve repunte de este factor). Por su parte, la natalidad comenzó a descender a fines del siglo XIX –como consecuencia de la modernización de los patrones culturales de la población y del proceso de urbanización-, experimentando una brusca caída en la década del treinta, para estabilizarse en el decenio siguiente. Juan Elizaga, “La evolución de la población argentina en los últimos cien años”, *Desarrollo Económico*, v. 12, n° 48, enero-marzo de 1973, pp. 795-806 y Edith Alejandra Pantelides, “La transición demográfica argentina: un modelo no ortodoxo”, *Desarrollo Económico*, v. 22, n° 88, enero-marzo de 1983, pp. 511-534.
 3. Juan José Llach, *La Argentina que no fue. Tomo I: Las fragilidades de la Argentina agroexportadora (1918-1930)*, Buenos Aires, IDES, 1985 y Marcos Gimenez Zapiola (compilador), *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

Estadística en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA— fue uno de los primeros estudiosos en advertir el peligro de considerar los resultados del censo de 1914 como un punto ascendente en el crecimiento económico y demográfico. Desde su *Revista de Economía Argentina* (en adelante *REA*) fundada en 1918, hasta su muerte en 1943, intentó influir en la opinión de las elites políticas conservadoras con sus ideas y programas de acción filiaados en un pensamiento económico nacionalista. De todos modos, aunque sus conceptos tuvieron una gran circulación en los ámbitos académicos ligados a la Facultad de Ciencias Económicas y de Derecho de las universidades de Buenos Aires y La Plata, en la prensa nacional, en los círculos intelectuales católicos, en corporaciones tales como la Unión Industrial o la Bolsa de Comercio, sus proyectos nunca prosperaron en el seno de las decisiones de gobierno. Basta recordar, en ese sentido, su única intervención política como asesor del ministro de Hacienda del presidente Alvear; cumpliendo con sus funciones, elaboró un plan fiscal y aduanero de corte proteccionista que fue presentado en el Parlamento generando una intensa polémica. Tras sucesivas negociaciones de Alvear, el proyecto fue retirado del Congreso y el ministro de Hacienda se vió obligado a renunciar junto con sus colaboradores.⁴

Las previsiones de Bunge se centraron en dos ejes principales: el estancamiento de la economía argentina desde el año de inicio de la Primera Guerra Mundial, medido principalmente a través de la declinación de las inversiones en la construcción de ferrocarriles, y la tendencia a la “*despoblación*” del territorio. La solución propuesta por Bunge para paliar la crisis de producción, causada por el fin de la frontera agropecuaria y por los problemas de abastecimiento originados por el conflicto bélico, fue la adopción de un sistema proteccionista agrícola e industrial. El aumento de la población, por su parte, fue concebido como un engranaje fundamental de este sistema en la medida que aseguraba la provisión de mano de obra y de consumidores. De allí que el estudio de las causas del descenso de sus dos componentes, la inmigración y el crecimiento vegetativo, atravesó su reflexión a lo largo de casi cuatro décadas.⁵

Bunge sintetizó y puso en perspectiva esta reflexión en su libro *Una Nueva Argentina*, publicado en 1940. Según él, el crecimiento de la población se había reducido paulatinamente a partir de 1914, después de atravesar su momento culminante en 1913 (21,8 por mil habitantes), hasta descender a límites alarmantes hacia el año 1939 (12,7 por mil habitantes). Las causas de este fenómeno se encontraban, para Bunge, en un problema que excedía los marcos nacionales y que pre-

-
4. Una biografía de la formación intelectual de Bunge en: Hernán González Bollo, “La formación intelectual de entre guerras, el caso del ingeniero Alejandro E. Bunge”, *Décimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*, Santa Rosa, mayo de 1999, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, pp. 1-10.
 5. Un análisis de los proyectos proteccionistas de Bunge en: Tulio Halperín Donghi, *Vida y Muerte de la República Verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Ariel, 2000, pp. 177-183.

ocupaba desde hacía tiempo a los estudiosos y estadistas del mundo occidental: la decadencia de la "raza blanca" caracterizada por la despoblación y el creciente predominio numérico de los débiles corporales y mentales (explicado por su sobreabundancia en los sectores de bajos recursos que eran, a su vez, los que más se reproducían). La guerra había sido un accidente en el curso de esta tendencia, un breve instante de aceleración en el implacable proceso que se desarrollaría en dos actos: el primero, inevitable, centrado en el descenso progresivo de la natalidad y el segundo, en el envejecimiento de la población.⁶

El fenómeno de despoblación creciente observado por Bunge, con mayor acentuación en las grandes ciudades que en el interior del país, lo llevó a elaborar dos previsiones para el futuro demográfico argentino. La más favorable suponía que si se registraba una cercana detención en la caída de los nacimientos y una inmigración igual a la de los años precedentes, el país llegaría a tener 20 millones de habitantes en 1990. La menos favorable, y quizás la más probable, suponía que si la fertilidad descendente de la ciudad de Buenos Aires no bajaba más y la del mismo modo decreciente del resto del país descendía en su conjunto hasta los niveles de la de Buenos Aires, la población habría de crecer lentamente hasta el año 1960, alcanzando un máximo comprendido entre 14 y 15 millones, para descender más tarde quizás a unos 11,5 millones en 1990. A su vez, la mortalidad general empezaría a ascender, como consecuencia del envejecimiento de la población.⁷

Bunge estaba convencido de que, si se confirmaban sus previsiones, la Argentina tendría un bajo potencial demográfico y nunca podría aspirar a construir un modelo alternativo de desarrollo. De ahí que su reflexión acerca de los mecanismos apropiados para incrementar la población transite —conforme vayan apareciendo indicadores más claros de los límites del modelo agroexportador, incluida su faz sustitutiva de importaciones, las estadísticas parciales muestren la imposibilidad de controlar desde el plano político la oferta extranjera de población y un paradigma "asimilacionista" comience a prevalecer en su modo de con-

6. Alejandro Bunge, *Una Nueva Argentina*, Hyspanérica, Buenos Aires, 1984, pp. 26-29, 102-103.

7. *Ibid*, pp. 33-34. Bunge sostuvo hasta sus últimos días este pronóstico acerca del futuro de la población argentina. José Luis de Imaz intenta contemporizar la magnitud de los cálculos sugiriendo que el número base sobre el que trabajó Bunge era incorrecto porque provenía de presuntas actualizaciones y reajustes de un censo viejo (1914) afectado por el subregistro de la natalidad y la mortalidad infantil y por la subestimación del total de población de los territorios patagónicos. Por otro lado, no podía contar con el repunte de la natalidad en la ciudad de Buenos Aires a partir de 1942 y con los saldos positivos de las migraciones europeas y latinoamericanas durante la posguerra. José Luis de Imaz, "Alejandro E. Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)", *Desarrollo Económico*, vol. 14, n° 55, octubre-diciembre de 1974, p. 553.

cebir la sociedad argentina—, entre la fe en el aporte inmigratorio y la necesidad de poner freno al fantasma de la natalidad decreciente.⁸

El primer paso de este camino que le llevó casi dos décadas recorrer, podría situarse en los años que marcaron el fin de la Primera Guerra Mundial, en los que apostó al flujo extranjero como forma de fortalecer cuantitativamente a la población local. En el año 1919 el Museo Social Argentino organiza una encuesta sobre inmigración entre un nutrido y reconocido grupo de la elite política liberal y conservadora, tendiente a servir de base a una reforma legislativa y al delineamiento de la futura política inmigratoria.⁹ Bunge, encargado de prologar la edición de la encuesta, defiende en las páginas introductorias la tesis de elaborar y aplicar una política económica diferente de la sostenida hasta entonces para detener la caída de la inmigración. Según el economista, el exceso de mano de obra extranjera entre los años 1908 y 1913 con relación a la producción del país, había generado un fenómeno de reemigración y caída de los flujos migratorios, que el conflicto bélico solo había agravado. Una vez finalizada la guerra, las estrictas medidas de retención de los habitantes por parte de los estados que necesitaban de ellos para su reconstrucción, asociadas a elevados salarios, pensiones, subsidios y mejores condiciones sociales en el continente, no estimularía a la población europea a emigrar. De allí que la Argentina, cuya situación no era más atractiva que la del Viejo Mundo, debía orientarse primero a resolver los problemas estructurales de la economía, fundamentalmente a través de la diversificación productiva, que incluyera el fomento y

-
8. Si bien Liliana Cattaneo parece avanzar en este sentido en su detallado análisis de los escritos inmigratorios de Bunge, termina por concluir que la prevalencia de la idea de la “*decadencia de la raza blanca*” en los años treinta, es producto de las limitaciones impuestas al director de la REA por su formación católica. Liliana Cattaneo, “Las imágenes de la inmigración en la obra de Alejandro Bunge”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 7, n° 20, 1992, pp. 186-188.
 9. El Museo Social Argentino fue creado en 1911 como una de las estrategias del reformismo social argentino -corriente que surge en los años del Centenario con la intención de dar respuesta a las consecuencias de las transformaciones políticas, económicas y sociales operadas en el país en la transición entre un siglo y otro- para asumir el desafío intelectual de resolver los problemas relacionados con la “*cuestión social*”. Movido por este objetivo y con una orientación más cercana al liberalismo pero en constante diálogo con el reformismo de vertiente católica, presentará proyectos de colonización; mutualismo, higiene pública, educación, vivienda y cooperativismo. Sobre el reformismo social de orientación liberal: Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; para la vertiente católica: Néstor Tomás Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires, Docencia, 1987; sobre el diagnóstico de la “*cuestión social*” del Museo Social: Noemí M. Girbal de Blacha y María Silvia Hospital, “Elite, cuestión social y apertura política en la Argentina. La propuesta del Museo Social Argentino”, *Revista de Indias*, vol. XLVI, n. 178, 1986, pp. 609-625.

la protección de la actividad manufacturera nacional y de la activación del comercio, con lo que lograría que la afluencia de inmigrantes se reanudara.¹⁰

La opinión de Bunge -compartida también en la encuesta por Emilio Frers (economista, socio de la Liga Agraria Argentina, presidente de la Sociedad Rural Argentina en 1908 y del Museo Social entre 1911 y 1917), Juan José Díaz Arana (profesor de Economía Política en la Facultad de Ciencias Económicas, presidente del Museo Social entre 1917 y 1918) y Horacio Beccar Varela (abogado, socio del Museo Social)- no es hegemónica y convive con otras dos posiciones respecto del futuro del aporte inmigratorio a la Argentina. Por un lado se encuentran aquellos que sostienen que es la guerra la causa de la disminución de las corrientes inmigratorias y no la situación económica de la Argentina. En consecuencia, la emigración europea se reanudaría, una vez firmada la paz, por la necesidad del hombre de dejar a sus espaldas toda la situación vivida, el deseo de buscar nuevos horizontes en los que trabajar en paz y las inmejorables condiciones de recepción de la Argentina. Por otro lado se nuclea aquellos que defienden una posición intermedia. Para este grupo el fin de la guerra generaría una oleada emigratoria europea -dados la carestía de la vida, los elevados impuestos y el dolor producido por el conflicto bélico- frenada por las mejoras salariales y las medidas restrictivas en el Viejo continente y por la coyuntural desfavorable situación económica argentina.¹¹

A mediados de la década del veinte Bunge retoma, desde las páginas de su revista, el tratamiento del tema inmigratorio. Con exclusivo apego a las cifras anuales del aporte de población extranjera, formula contradictorias proyecciones

10. Entre las 44 personas convocadas para responder la encuesta se encuentran distinguidas personalidades del mundo político, intelectual y académico tales como: legisladores, ministros, diplomáticos, profesores universitarios, especialistas en el tema demográfico, directores de instituciones privadas y públicas, ensayistas y periodistas locales y extranjeros. Las ideas de Bunge presentadas en: "La inmigración después de la guerra", *Boletín del Museo Social Argentino* (en adelante *BMSA*), tomo 8, enero-junio 1919, n° 85-90, pp. VI-XVII e "Inmigración e Importación", *REA*, Año 9, Tomo IV, febrero 1922, n° 44, pp. 127-133.

11. Entre los representantes del primer grupo encontramos a Alejandro Bovelli, Eduardo Colombes, Andrés Máspero Castro, Lucio Moreno Quintana, general Proto Ordóñez, Isidoro Ruiz Moreno, Alejandro Usain, y Frugoni Zabala; entre los del segundo a Tomás Amadeo, Enrique Lynch Arribázcaga, Alfredo Bozzetti, José Ceppi, Roberto Doman, la contestación de la Facultad de Ciencias Económicas, Carlos Fernández, Gastón Lestard, Virgilio Raffinetti y Enrique Ruiz Guiñazú. La división en estos tres grupos de ideas presentados en la encuesta del Museo Social fue tomada de: Susana Ramella de Jefferies, "Las ideas sobre inmigración durante la Primera Posguerra", *Primeras Jornadas Nacionales de Estudio sobre Inmigración en Argentina*, 5 al 7 de noviembre de 1985, Ministerio de Cultura y Educación, Comisión Nacional de Estudios sobre la Inmigración en América, Buenos Aires, 1985, pp. 498-507.

a mediano y largo plazo que oscilan entre la certeza de la decadencia de los flujos migratorios, la recuperación de los saldos de pre-guerra o el equilibrio entre los ingresos y egresos de extranjeros. Así por ejemplo, en 1926 constata con pesimismo que el número de inmigrantes recibidos no sólo no había ascendido a niveles comparables a los de la pre-guerra, sino que su incorporación al mercado de trabajo resultaba sumamente difícil, razón por la cual la Argentina debía renunciar a la inmigración y resignarse a la emigración y la decadencia. En contraposición a esta idea, pocos años más tarde afirma con entusiasmo que el país contaba con las condiciones necesarias para atraer mano de obra extranjera, pero era preciso encauzarla en las grandes industrias urbanas o en las modernas granjas suburbanas donde se convertiría desde su rol “*productor-consumidor*” en motor de los cambios en el sistema económico.¹²

De todos modos, el fenómeno inmigratorio espontáneo acarrea para Bunge distorsiones poblacionales que deben ser equilibradas. Por un lado la alta concentración urbana, probada por los resultados del censo de 1914 (de 7.885.237 habitantes el 57% son urbanos y el 42% rurales), mucho más acentuada entre los extranjeros (68% viven en ciudades y sólo el 31% en áreas rurales) que entre los nativos (53% se concentran en zonas urbanas y el 47% en el campo). Por otro, la brusca caída del aporte italiano en los años sucesivos al final de la guerra, agravada por el flujo de los nacionales no latinos como polacos, alemanes, yugoeslavos, checoslovacos y lituanos, hacen temer a Bunge importantes modificaciones en la composición étnica de la población y el traslado de ideas contrarias al orden constitucional.¹³

Estos temores no son privativos del director de la *REA*. Conforme va promediando la década de 1910, la idea acerca de la necesidad de seleccionar a los inmigrantes antes de su ingreso al país, va cobrando generalizado consenso en el pensamiento de las élites. Si bien existe todavía cierta confusión entre la raza y la nacionalidad de los extranjeros y la influencia que estos factores tienen en la capacidad de asimilación o en la “*peligrosidad social*” de los grupos aspirantes a inmigrar, progresivamente se va formando una opinión sobre la inmigración no deseable y sobre la más conveniente. Así por ejemplo, en la encuesta sobre inmigración del Museo Social Argentino del año 1919, aparecen delineados como elementos indeseables tanto aquellos filiados con ideas “*maximalistas*”, en general

-
12. Alejandro Bunge, “Decadencia de la inmigración. Sus causas, medios para promoverla”, *REA*, Año 9, Tomo XVII, octubre 1926, n° 100, pp. 299-306, “¿Cuál es hoy el significado de gobernar es poblar?”, *REA*, Año 13, Tomo XXV, julio 1930, n° 145, pp. 7-13; “La Argentina país de emigración”, *REA*, Año 16, Tomo XXXII, enero 1934, n° 187, pp. 5-7 y “El descenso de la inmigración y la natalidad en la Argentina. El descenso de la natalidad en Francia”, *REA*, Año 17, Tomo XXXIII, octubre 1934, n° 196, pp. 139-140.
 13. Alejandro Bunge, “Setenta años de inmigración”, *REA*, Año 10, Tomo XX, junio y julio 1928, n° 120, pp. 425-435 y n° 121, pp. 25-35; “La Raza Argentina”, *REA* año 12, Tomo XXXII, enero 1930, n° 139, pp. 119-125.

procedentes de Europa del este o de grandes centros urbanos, como aquellos que son considerados una amenaza para la unidad racial del país (amarillos, negros y eslavos). Por su parte los contingentes de origen latino, fácilmente asimilables y de probada eficacia como mano de obra para el sistema económico agroexportador, o los grupos provenientes del norte o del centro del continente europeo, cuyos hábitos culturales mejorarían la "idiosincracia" del pueblo argentino, son recomendados fuertemente.¹⁴

La década de 1930 se convertirá en una suerte de bisagra para las ideas poblacionistas argentinas. Mientras que en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial las discusiones en torno al crecimiento de la población daban por sentado el aporte extranjero como su factor determinante -aún si el conflicto bélico había mostrado la imprevisibilidad de que pudiese existir un movimiento sostenido que no fuese interrumpido por contextos excepcionales como las guerras-, la fuerte caída de los flujos migratorios internacionales desencadenada por la crisis mundial de 1930 sumada a los efectos de las políticas restrictivas del Estado argentino, iniciadas en 1923 pero reforzadas en los años treinta, hicieron pensar seriamente en la incapacidad del componente exógeno para asegurar por sí solo la multiplicación del capital humano. Las cifras del ingreso de extranjeros en las tres primeras décadas del siglo XX pueden hacernos más comprensible este repentino pesimismo: 1.760.000 entre 1901 y 1910, 1.400.00 entre 1921 y 1930 y 310.000 entre 1931 y 1940. De allí que si en los años veinte la discusión se centra en si hacía falta crear condiciones locales de atracción de extranjeros y, una vez reanudado el flujo, qué criterios debían seguirse para seleccionarlos (sea antes de ingresar al país o una vez instalados en él), en los años treinta el desafío consiste en preguntarse cómo estimular el crecimiento de la población sin apelar a la inmigración.

El pensamiento de Alejandro Bunge fue fuertemente interpelado por esta nueva coyuntura. Su propuesta de "estudiar seriamente el problema y buscar soluciones" se concretará tanto en el renovado espacio que abrió su revista a la colaboración de estudios sobre el tema (muchos de ellos de su propia autoría y que darán más tarde forma al libro *Una nueva Argentina*), como en las dos encuestas llevadas a cabo, una por su revista y otra por el diario *La Razón*, entre intelectuales, catedráticos políticos y hombres públicos sobre la conveniencia de aumentar la población y sobre las causas del problema de la denatalidad.¹⁵

14. Un análisis de estas ideas en la encuesta sobre inmigración del Museo Social Argentino en Leonardo Senkman, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables, 1943-1945*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1991, pp. 107-108.

15. Alejandro Bunge, "Tiende a desaparecer el crecimiento natural de la ciudad de Buenos Aires", *REA*, Año 18, Tomo XXXV, enero-marzo 1936, n° 211-213, pp. 5-6; "¿Cuándo tendrá la Argentina veinte millones de habitantes?", *REA*, Año 19, Tomo XXXVI, noviembre 1937, n° 233, pp. 305-307; encuesta de la REA: "¿Conviene el aumento de la población?", *REA*, Año 20, Tomo XXXVII, enero-noviembre 1938, n° 235-245; encuesta sobre el problema de la natalidad realizada por el diario *La Razón* y coordinada por

La encuesta realizada por la *REA* durante el año 1938 se propone hallar respuestas a la pregunta acerca de la conveniencia o no de aumentar la población del país y, en caso afirmativo, si abrir las puertas a la inmigración constituye el camino para lograrlo. De entre las doce personas que participan del sondeo, solo dos contestan desfavorablemente a la pregunta de si le conviene a la Argentina un rápido crecimiento demográfico. De un lado el senador nacional Alfredo Palacios esgrimirá el argumento, sostenido por los socialistas desde los años veinte -quienes veían por entonces la inmigración como un instrumento de los capitalistas para hacer descender los salarios-, de que antes que apostar a la multiplicación de habitantes conviene elevar el nivel de vida de los existentes. Del otro Max Bunge -además de hijo de Alejandro forma parte del grupo de sus discípulos- sostendrá la necesidad de distribuir mejor la población, antes que acrecentarla, en función del modelo de país agrícola que la Argentina supone seguir.¹⁶

Por su parte, las respuestas en torno a la pregunta acerca de la conveniencia de abrir libremente el ingreso de extranjeros, en un contexto de una brusca caída de los saldos migratorios como consecuencia del recrudescimiento de las restricciones de las políticas públicas, dan cuenta de las dudas que asisten al poblacionismo argentino respecto de la inmigración como única solución para lograr el incremento demográfico. Los argumentos se desarrollan en un interesante abanico que comprende desde la certeza de que el descenso del crecimiento natural de la población europea será tan agudo que imposibilitará el flujo de extranjeros a las tierras del Plata (Max Bunge), hasta las concepciones restrictivas basadas en la amenaza que constituye la inmigración sea desde el punto de vista ideológico -en este sentido Manuel Gálvez sugiere impedir el ingreso de elementos desestabilizadores tales como los republicanos españoles, judíos y eslavos- sea desde el punto de vista del crecimiento vegetativo -según Alberto Rouges el descenso de la natalidad está directamente relacionado con el relajamiento de la moral que produce el cosmopolitismo-. En el centro de estos extremos se hallan aquellos que siguen creyendo en el aporte inmigratorio como forma de incrementar la población, pero sugieren medidas selectivas desde el punto de vista étnico, ideológico y profesional para asegurar la adaptación de los extranjeros y proyectos públicos de encauzamiento de los extranjeros en zonas rurales o infrapobladas del país.

Bunge experimentará, en poco tiempo, una decepción más aguda respecto de la inmigración como solución al problema del incremento demográfico. Cada vez más convencido de que la población europea era portadora del germen de la "denatalidad" que amenazaba la reproducción de la "raza blanca", suma a su pronóstico de la desaparición del excedente demográfico susceptible de emigrar del

Alejandro Bunge entre mayo y junio de 1939 y Alejandro Bunge, "Examen panorámico de los caracteres de la denatalidad y de las reacciones que han originado su revelación (Exposición cerrando la encuesta)", *REA*, Año 21, Tomo XXXVIII, junio 1939.

16. Sobre los argumentos de los grupos socialistas en los años veinte respecto de la inmigración: Fernando Devoto, "Políticas migratorias argentinas y flujo de población europea (1876-1925)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 11, abril de 1989, p. 153.

viejo continente, el peligro de la importación del problema de la "denatalidad" en caso de que dicha inmigración se produjera. De allí que llegue a afirmar que el ingreso de extranjeros "sin crecimiento natural no era deseable" y por ello debían de establecerse cuotas equivalentes a un inmigrante por cada cuatro niños recién nacidos.¹⁷

A esa altura de su razonamiento, las ideas acerca del peligro de la concentración urbana y de la pérdida de la identidad nacional son llevadas al extremo proponiendo una lógica de autoabastecimiento y repliegue en la que la disminución de la inmigración permitiría "una más rápida y acabada fijación de nuestra fisonomía racial". El envejecimiento paulatino de la población extranjera, negada en su posibilidad de recambio, y su tendencia a la formación de matrimonios mixtos asegurarían el tan deseado por Bunge "*crisol de razas*".¹⁸

Tras su desencanto con el aporte inmigratorio concentra las esperanzas del crecimiento de la población en los elementos endógenos de la misma. De todos modos, es conciente de que la Argentina, acompañando la tendencia de todas las naciones occidentales, asiste desde el año 1932 a un alarmante descenso del número de nacimientos. La encuesta que organiza para el diario *La Razón* en mayo de 1939, tiene por objeto desentrañar las causas y las características de un fenómeno que considera alarmante. Si bien la opinión de los encuestados se encuentra repartida entre aquellos que sostienen las causas de orden material —los matrimonios de bajos recursos evitan tener más hijos porque sus salarios y condiciones de vida son insuficientes para criarlos— y aquellos que defienden las de orden moral —el hedonismo de la vida moderna lleva a las familias a la elección de no reproducirse—, Bunge concluye en el cierre de la encuesta que la más grave responsabilidad sobre el problema estudiado recae sobre la conciencia de los hombres. De allí que aún si, como lo sostiene el senador Alfredo Palacios en un proyecto de ley de fomento de la natalidad, el Estado se ocupara de mejorar las condiciones materiales de las familias numerosas, esto sólo generaría el riesgo de un descenso del número de nacimientos entre los matrimonios que han visto prosperar su situación económica.¹⁹

17. Alejandro Bunge, *Una Nueva Argentina*, op. cit., p. 158.

18. *Ibid*, pp. 110-111, 151-154.

19. Participan de la encuesta Elvira Rawson de Dellepiane, el doctor Rómulo Etcheverry Boneo (ex juez de la Nación y dirigente católico), Monseñor Gustavo Franceschi, María Constanza Bunge de Zavalía, doctor Carlos Guiraldes, Reverendo José de Laburu, Francisco Pérez Leirós (ex legislador socialista, dirigente de la CGT), Max Bunge, Ernesto Nelson, Florencio Parravicini (actor y autor teatral, miembro del Consejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires por un partido independiente por él creado), doctor César Pico (director de la revista *Iatria* del consorcio de médicos católicos, funcionario del Departamento Nacional de Higiene, colaborador de *Criterio*), doctor Juan Carlos Rébora (rector de la Universidad de La Plata), Giselle Shaw, José Tesorieri (dirigente gremial de empleados estatales) y Lucrecia Campos Urquiza de Travers.

En efecto, para Bunge la fertilidad se hace tanto menor a medida que aumenta y se difunde el grado de bienestar de la “*raza blanca*”. En consecuencia, las clases en las circunstancias sociales y económicas menos afortunadas y menos favorables, tienden a señalar una más alta tasa de fertilidad que aquella de los grupos o clases de posición más afortunada (incluidos los sectores de la clase media, laboriosa y capaz). Por otro lado, el descenso de la natalidad y el crecimiento natural no son paralelos entre unas regiones y otras del país; a mayor urbanización y riqueza, menor el número de nacimientos. Finalmente, tratándose de un fenómeno que depende de causas morales antes que materiales, resulta imprescindible la intervención del Estado a través de la educación y la legislación para corregirlo.²⁰

De todos modos, este giro del pensamiento de Bunge en el que decide el peso de los platillos de la balanza hacia el estímulo del crecimiento vegetativo de la población no alcanza para considerarlo como una tendencia definitiva. De hecho, aunque sus últimos trabajos se mantuvieron en esta nueva línea de reflexión –reforzada por la constatación de que una significativa proporción de la población, aquella que había nacido en épocas de alto crecimiento natural, estaba alcanzando edades activas y productivas en un contexto de expansión de los mercados interno y externo– el panorama de expectativas generado por el cercano fin de la Segunda Guerra Mundial logró generarle algunas dudas acerca de la inevitabilidad del aporte extranjero.²¹

Así todo, la posibilidad de apostar al aumento de la natalidad como forma de incrementar el capital humano del país no es privativa, a partir de los primeros años de la década de 1940, del universo de preocupaciones de Bunge y se instaura con fuerza en el pensamiento poblacionista argentino. La incertidumbre generada por el debilitamiento del aporte extranjero, consecuencia de la caída de la oferta europea, de las medidas restrictivas del gobierno argentino y de la interrupción del flujo una vez iniciado el conflicto bélico internacional, girará el foco de la reflexión hacia la necesidad de indagar el origen y las posibles soluciones al descenso del número de nacimientos por año. Nuevos espacios institucionales, entre ellos el Instituto Argentino de Población fundado por el Museo Social y presidido por Tomás Amadeo o el Instituto de Biometría de la Facultad de Ciencias Económicas, encontrarán su legitimidad en esta búsqueda. A pesar de partir en

20. Alejandro Bunge, *Una Nueva Argentina*, op. cit., pp. 36-42. Aunque no hemos hallado ninguna cita en los textos de Bunge, la influencia de las ideas del demógrafo italiano Corrado Gini acerca de la tasa de fertilidad decreciente de las clases más acomodadas de una sociedad, parece evidente. Una presentación del pensamiento natalista de Corrado Gini en: Roberto Maiocchi, *Scienza italiana e razzismo fascista*, Scandicci (Firenze), La Nuova Italia Editrice, 1999, pp.81-93.

21. Alejandro Bunge, “¿Crece la Argentina?”, *REA*, Año 25, Tomo XLI, diciembre 1942, pp. 397.

sus estudios de las hipótesis propuestas por Bunge, comenzarán a buscar caminos intelectuales y corporativos autónomos.

Un modo de ver esa difusión de las ideas natalistas es indagar las notas de la revista *Criterio* referidas a los problemas vinculados al crecimiento de la población. Dicha publicación –aparecida por vez primera en el año 1928 y que adopta el rol de intérprete entre la jerarquía de la Iglesia y los fieles proporcionando a los católicos una lectura eclesial de la cotidianeidad– había logrado ya, hacia fines de los años treinta, una popularidad considerable entre los creyentes católicos y cierta influencia en los círculos gubernamentales. Su director desde 1932 hasta 1957, monseñor Franceschi, abordó desde las editoriales los grandes problemas contemporáneos a partir de una óptica católica.²²

Como en tantos otros temas de la realidad política, económica y social argentina *Criterio* hizo explícita, desde los primeros años de su aparición, su opinión acerca de los problemas de la población. Una de sus principales preocupaciones en la década del treinta fue el acelerado descenso de la natalidad en Occidente. Haciéndose eco de las advertencias de Alejandro Bunge sobre dicho problema, Carlos García Mata –su discípulo y colaborador– y Javier Ochoa indagan acerca del origen de este preocupante fenómeno. Entre las causas más importantes destacan por un lado el incremento excesivo de la población de las ciudades a expensas de la población rural y el desarrollo de las grandes urbes y, por otro, el crecimiento del egoísmo individualista y la pérdida del sentido moral que propician la limitación voluntaria de los nacimientos. Las ciudades se transforman, para esta óptica, en centros retardatarios del crecimiento vegetativo puesto que, mientras las privaciones tienden a aumentar la natalidad, el confort y la opulencia la limitan. Es por ello que los países más ricos, progresistas y civilizados son los menos fecundos. A pesar de que el proceso de la natalidad decreciente no es considerado en esos años una realidad en las costas del Plata, ambos autores coinciden en el desarrollo de las grandes ciudades y en el recambio del origen étnico de los inmigrantes –los españoles e italianos, altamente prolíficos por su juventud y por la religión católica que profesan, son progresivamente sustituidos por contingentes de eslavos y de germanos– como factores que perjudicarían en el futuro el crecimiento vegetativo.²³

22. Sobre *Criterio* puede consultarse: M. E. Rapallo, "La Iglesia católica argentina y el autoritarismo político: la revista *Criterio*", *Anuario del IEHS*, n° 5, 1990, pp. 51-70; Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996 y Marcelo Montserrat, "El orden y la libertad. Una historia intelectual de *Criterio*, 1928-1968", en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson (directoras), *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, pp. 151-191.

23. Carlos García Mata, "El urbanismo y la natalidad", *Criterio*, Año II, n° 48, 31 de enero de 1929, pp. 140-141, "La inmigración eslava y germánica", *Criterio*, Año II, n° 53, 7 de marzo de 1929, p. 318 y Javier Ochoa, "La natalidad, problema nacional y mundial", *Criterio*, Año III, n° 116, 22 de mayo de 1930, pp. 659-661.

Un artículo publicado en *Criterio* en 1935, en el que Bunge prueba con cifras estadísticas el paulatino descenso de la natalidad en la Argentina, confirma las sospechas de los años anteriores y gira el foco de la reflexión al lugar que a la familia cristiana le toca desempeñar en la consolidación del futuro demográfico del país. El mismo Franceschi interviene con una nota en la que asegura que, como las causas del declive del crecimiento vegetativo son ante todo de orden moral y como la familia con menos de tres hijos está condenada a desaparecer, son las mujeres católicas las que están llamadas a reproducirse sin dejarse tentar por los placeres del mundo moderno. Más allá de una necesidad de aumentar el factor humano para consolidar la fuerza productiva del futuro, parece tratarse, según el director de *Criterio*, de una actitud defensiva frente a las ambiciones de otros pueblos con escasas riquezas naturales pero abundante población.²⁴

El avance de los criterios de tipo “natalista” en las ideas acerca de la población sostenidas por *Criterio* en el período de entreguerras, correrá en paralelo con la defensa de medidas restrictivas hacia la inmigración ultramarina. La misma se materializará, fundamentalmente, en su rechazo a la entrada de refugiados republicanos españoles y de víctimas del nazismo por no considerarlos inmigrantes ordinarios. Los argumentos esgrimidos por la revista, apoyados en un antisemitismo en clave teológica, para evitar el ingreso de estos contingentes se centrarán en el temor al fortalecimiento de minorías desasimiladas y en la amenaza de una competencia desleal en el mercado laboral de estos grupos con los trabajadores argentinos.²⁵

De todas formas, la confianza en el aporte inmigratorio como solución para incrementar la población no desaparece totalmente del horizonte de posibilidades. Una mirada sobre las conclusiones a las que se arriban en el Primer Congreso Argentino de Población²⁶ pone en evidencia la pacífica convivencia entre criterios de tipo “natalistas” e “inmigracionistas”.²⁷

24. Alejandro Bunge, “El descenso de la natalidad en la Argentina”, *Criterio*, Año VIII, n° 380, 13 de junio de 1935, p. 166 y Gustavo Franceschi, “Ante el derrumbe de la natalidad”, *Criterio*, Año XVI, n° 789, 15 de abril de 1943, pp. 345-348.

25. Leonardo Senkman, *Argentina la Segunda Guerra Mundial...*, op. cit., pp. 129-140.

26. Organizado por el Instituto Argentino de Población en octubre de 1940, convoca a delegados del gobierno, representantes de universidades, delegados de asociaciones de previsión y a reconocidos intelectuales para debatir acerca de los problemas que afectan a la población argentina y sugerir a los poderes públicos posibles soluciones.

27. “Primer Congreso Argentino de Población” (26-31 de octubre de 1940), *BMSA*, Año XXVIII, entregas 221-222, noviembre-diciembre de 1940; Año XXIX, entregas 223-224, enero-febrero de 1941, entregas 225-226, marzo-abril de 1941 y entregas 227-228, mayo-junio de 1941.

2. *Debates del poblacionismo argentino ante la segunda posguerra*

Los últimos años de la Segunda Guerra Mundial reavivan el debate en Argentina acerca de la conveniencia de abrir libremente las puertas a la inmigración. En una coyuntura en la que se espera una gran oferta demográfica extranjera como consecuencia de los desplazamientos de población operados por el conflicto bélico, la situación es evaluada con cautela incluso por fervientes defensores de la política de "puertas abiertas". Así, por ejemplo, el Instituto Argentino de Población, hasta pocos años atrás partidario del aporte inmigratorio como uno de los factores de crecimiento de la población, propone a través del discurso de uno de sus socios la necesidad de América Latina de "reajustar, afianzar y unificar su estado político, social y educacional de la actualidad, por sus medios institucionales propios antes de abrir las puertas, libremente, a la inmigración de posguerra." La afluencia de extranjeros en masa es considerada como económica y socialmente inconveniente puesto que la organización política y social de los Estados jóvenes no está en condiciones de recibirlos, distribuirlos y ubicarlos convenientemente sin producir una grave perturbación y congestión de los centros urbanos, aumentar la desocupación de los nativos y de los extranjeros ya residentes, provocar la total extirpación del aborigen en las regiones rurales, perjudicar el desarrollo industrial y de explotación de las riquezas naturales, acentuar el drama de la vivienda urbana y rural, generar un desequilibrio total en la producción y en la capacidad adquisitiva ante las contingencias de la exportación y, por último, producir un "*desconcierto espiritual en la organización social y familiar*" sin que el Estado tenga a su alcance los medios necesarios para mantener su equilibrio.²⁸

Por su parte la Academia de Ciencias Morales y Políticas concluye, después de recibir y procesar la opinión de destacados hombres públicos vertida en una encuesta, que la finalización de la guerra no producirá la emigración de grandes contingentes humanos hacia la Argentina. Volviendo a las premisas sostenidas por Bunge en los años veinte, asegura que las corrientes inmigratorias ni aún al amparo de una política de fomento ampliamente liberal serán caudalosas, salvo que se las estimule con la promesa de "una vida sustentada en el propio trabajo, en la libertad y en la paz". Roberto Cina, discípulo del ingeniero Dagnino Pastore y encargado de la edición de la encuesta, va más allá sugiriendo que, de producirse el flujo, solo se admita la cantidad que encuentre la seguridad de las ocupaciones estables. Dado que los mejores hombres se quedan en sus propias tierras, concluye, estimular la corriente inmigratoria de quienes carecen de una habilidad gremial es transplantar el problema de la desocupación.²⁹

28. Manuel Antonio Zuloaga, *La ciudadanía en el problema de la población americana*, Imprenta Ferrari, Buenos Aires, 1945, pp. 26-27.

29. Roberto Cina, *Área territorial y población de la Argentina*, Cuaderno de Trabajo n° 3, Instituto de la Producción, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, 1945.

No obstante esta cautela con la que es tratada la posibilidad de recibir contingentes extranjeros en el momento inmediato a la finalización de la guerra, el tema inmigratorio adquiere un renovado espacio en las discusiones académicas conforme transcurren los meses. Por un lado, la extraordinaria oferta de extranjeros da por tierra las previsiones pesimistas de los años anteriores según las cuales la Argentina ya no contaría con la posibilidad de incorporar inmigrantes a su acervo demográfico, al tiempo que pone en evidencia la excepcionalidad del fenómeno. Por otra parte, la decisión del gobierno peronista de abrir las puertas a la inmigración como forma de incorporar mano de obra para sus planes de desarrollo, diluye toda barrera legal a que el flujo extranjero se reanude. En el cruce entre ambas realidades, el pensamiento poblacionista argentino encuentra un renovado ámbito de reflexión en el que se cruzan viejas y nuevas ideas al tiempo que se delinean espacios legítimos de expresión, presión y ejercicio de poder.

Los problemas de la población siguen siendo un tema en el que intelectuales, políticos y grupos de interés encuentran una vía para manifestar su opinión y participar, directa o indirectamente, en la agenda de las decisiones gubernamentales. Así como en el período de entreguerras, durante los años del primer peronismo los partidos políticos de oposición verán en la presentación de proyectos de leyes o pedidos de investigación ligados, entre otros, a cuestiones demográficas, un recurso poco conflictivo y viable de manifestar su desacuerdo y recortar su identidad partidaria. Por su parte los hombres públicos seguirán participando, en un contexto de creciente censura, a través de foros que aún son considerados legítimos, opinando sobre una problemática que, a pesar de encontrarse en vías de academización, todavía es considerada como patrimonio de la opinión ilustrada.

En efecto, la demografía se encuentra aún en los años cuarenta en proceso de profesionalización –iniciado dos décadas atrás con la fundación de la cátedra de Estadística en la Facultad de Ciencias Económicas y de institutos y revistas especializados en los estudios de población– admitiendo que disciplinas como la Geografía, la Economía o la Etnografía (también ellas en vías de lograr su autonomía e identidad) aborden la temática como propia. El resultado de esta indefinición del campo disciplinar será una austera calidad científica de las investigaciones y un claro esfuerzo de los distintos espacios institucionales por arrogarse como pertinente el estudio del hecho demográfico. De todos modos, cabe aclarar que si académicamente la demografía no es una disciplina relevante en el concierto de los otros saberes universitarios –en otros países, por ejemplo en Italia, en los años cuarenta ya existía una Facultad de Ciencias Demográficas, Estadísticas y Actariales en la Universidad de Roma–, difícil es probar la incidencia del pensamiento demográfico en las distintas corrientes más generales del pensamiento argentino. Así todo el Estado, que por vez primera intenta intervenir de forma orgánica en la regulación del factor población como parte de su plan de desarrollo económico, procurará conseguir la colaboración de personalidades relevantes en la reflexión sobre los problemas demográficos argentinos a fin de ampliar su capacidad técnica y administrativa.

2.1 Nueva primavera de las ideas "inmigracionistas"

Un nutrido grupo de intelectuales y profesionales apoyará la política inmigratoria propuesta por el gobierno peronista en su Primer Plan Quinquenal (1947-1951) que, si bien se filiaba con aquella de "puertas abiertas" vigente desde mediados del siglo XIX hasta los años del Centenario, incluía en sus disposiciones criterios de selección y encauzamiento del flujo extranjero. La inmigración seguirá significando, para ellos, la solución a la disminución del crecimiento vegetativo, al infra-poblamiento de extensas zonas del país y a la escasez de mano de obra. A pesar de sus divergencias de formación y opinión, este grupo que hemos dado en llamar "inmigracionista", parece centrarse en el cruce entre la decimonónica noción de "poblar el desierto argentino" y el imperativo de amalgamar la población. De allí que sus reflexiones giren alrededor de tres grandes temas: la inevitabilidad de la inmigración, la necesidad de su selección, encauzamiento y control, y la posibilidad de su asimilación.

Los intelectuales de extracción socialista serán los que más al extremo lleven esta posición aperturista respecto del aporte de extranjeros a la economía y sociedad argentinas, sugiriendo que la política inmigratoria del gobierno peronista debe calcar los pasos de aquella trazada en el siglo XIX. Para Enrique Dickmann -destacada figura del socialismo, diputado nacional en los años veinte y treinta- en un país de escasa población el crecimiento vegetativo es insuficiente para aumentarla, máxime cuando su coeficiente de natalidad es bajo y su coeficiente de mortalidad es aún relativamente alto. En tal caso la inmigración es una "necesidad vital" sobretodo en la Argentina donde ha constituido en el pasado el mayor "factor de progreso y desarrollo técnico-económico y político social". De allí que proponga volver "a la grande y noble política inmigratoria de las puertas abiertas", "sin discriminación de nacionalidad, raza ni religión" sin descartar, por ello, el estímulo de la natalidad y la disminución de la mortalidad (sobre todo la infantil) a través de la elevación del nivel de vida de la población.³⁰

Según Dickmann, el latifundio conspira contra el modelo de inmigración espontánea en tanto dificulta el acceso del trabajador a la tierra y promueve un régimen inmigratorio artificialmente fomentado con el propósito de tener mano de obra barata y abundante. Para atraer a la mejor población europea la Argentina debe, entonces, brindar a su pueblo -nativos y extranjeros- altas condiciones de vida y trabajo, libertad política y religiosa, libertad económica y civil, fácil acceso a la tierra para los que quieran cultivarla, altos salarios reales, una legislación social moderna y progresista, y un alto nivel de vida material y espiritual. El modelo de "puertas abiertas" no es aplicable si no se lo acompaña de una adecuada política de colonización, que fragmente el latifundio dando lugar al sistema productivo de la chacra, que produce más y a un costo menor y consume gran parte

30. Enrique Dickmann, *Población e Inmigración*, Losada, Buenos Aires, 1946, pp. 23 y 119.

de su producción, vendiendo el saldo a consumidores urbanos a precios menores que la producción latifundista.³¹

Los argumentos esgrimidos por los publicistas socialistas no parecen ser, sin embargo, representativos del conjunto de la opinión favorable a la apertura de las puertas a la inmigración. La mayor parte de los defensores de una política aperturista no dejan de lado, por ello, el patrocinio de medidas selectivas de la oferta inmigratoria. El origen de estas ideas puede rastrearse en un pensamiento de tipo nacionalista, basado en conceptos contruidos en la década del treinta, que defiende criterios étnicos de selección. Tratadistas como Alejandro Bunge y Manuel Antonio Zuloaga o funcionarios públicos como Fernando Bidabehere, quien había intervenido personalmente en la formulación de los decretos restrictivos y de control policial, advierten en los años cuarenta acerca del peligro de no preservar la “*formación racial*” argentina si no se aplica una política inmigratoria de homogeneidad étnica. El Primer Congreso de Población (1940), por su parte, va más allá en sus recomendaciones sugiriendo la conveniencia de recibir mayoritariamente grupos migratorios de origen latino y de extremar los recaudos para mantener, a través de las instituciones de propaganda del Estado, los principios básicos de la nacionalidad.³²

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial la idea de seleccionar a los aspirantes a ingresar al país permanece con considerable consenso en el seno de la opinión pública. Como en los años anteriores, no se trata solamente de proteger a la sociedad argentina de la pérdida de su “*unidad racial*” sino también de elementos considerados “*indeseables*” desde el punto de vista ideológico. Así por ejemplo, Manuel Antonio Zuloaga a pesar de acusar de “*ultranacionalistas*” a aquellos que pretenden “*cerrar las fronteras al aporte de brazos extranjeros que desean incorporarse a la actividad de la Nación*”, propone que el flujo inmigratorio -única solución para paliar la disminución del crecimiento vegetativo- sea debidamente seleccionado, orientado y controlado en tanto está “*íntimamente ligado al programa de defensa nacional interna y externa*”.³³

El centro de su reflexión lo constituye la adaptación del extranjero al medio geográfico y social. Para Zuloaga, “el inmigrante que no se adapta al medio físico, desaparece por gravitación de la naturaleza, pero el inmigrante que no se adapta al medio social se convierte en un elemento extraño, de perturbación y de resistencia al espíritu nativo”. Por ello es necesario seleccionar a aquellos contingentes, como los de italianos y de españoles o de niños de origen latino, cuya capacidad de asimilación sea indiscutible. De todos modos, la llegada del extranjero en

31. *Ibid.*, pp. 50-51, 58, 89-90 y 152. Similares argumentos en David Tieffenberg, *Mientras llega la libre circulación de hombres y cosas. El problema inmigratorio argentino*, La Vanguardia, Buenos Aires, 1947, pp. 106-109, 122-123, 126-129.

32. Leonardo Senkman, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial...*, op. cit., pp.113-115.

33. Manuel Antonio Zuloaga, “Alberdi y la política inmigratoria de la Argentina”, *BMSA*, Año XXXVI, Entregas 317-318, noviembre-diciembre de 1948, p.p. 337-339.

sí misma no garantiza su arraigo si no es incorporado a un proyecto de colonización a través del cual logrará incorporarse a la tierra y formar una familia.³⁴

Este interés por la adaptación del extranjero surge de su lectura sobre el problema histórico de la inmigración europea en la Argentina basado en que es una "masa heterogénea que no acepta la ciudadanía que le ofrece nuestra Constitución". De allí la necesidad de procurar su asimilación y arraigo para que la adopción de la ciudadanía se produzca de forma espontánea y a solicitud del extranjero. Resulta difícil no incluir esta opinión en un debate más amplio acerca del otorgamiento automático de la nacionalidad argentina a los extranjeros que finalizó con la incorporación de este derecho en la Constitución reformada en 1949 y con su demorada reglamentación a través de la ley 14.354 sancionada el 28 de septiembre de 1954. Lo que no está claro es si la sugerencia de Zuloaga es complementaria de ese nuevo derecho, en tanto prepararía al inmigrante para solicitar la ciudadanía una vez adquirida la nacionalidad, o se opone a su carácter obligatorio.³⁵

La posición de los intelectuales cercanos a un pensamiento de tipo nacionalista, que defendían la conveniencia de abrir nuevamente las puertas a la inmigración pero con claras medidas que asegurasen su selección es compartida, también ahora, por la revista *Criterio*. El fin de la Segunda Guerra Mundial y las posibilidades que ella trajo respecto de la reanudación del arribo de extranjeros considerados como "deseables", modificará la opinión de la revista respecto del aporte inmigratorio. A pesar de seguir considerando la necesidad de estimular el crecimiento vegetativo del factor endógeno de la población como remedio al problema de la natalidad decreciente, propone con renovado optimismo abrir las puertas a la inmigración "en edad fecunda, proveniente de países de alta natalidad y afines con el nuestro". Se trata, por supuesto, de un aporte extranjero seleccionado y debidamente encauzado a fin de impedir el ingreso de elementos considerados

34. Manuel Antonio Zuloaga, "La ciudadanía...", *op. cit.*, pp. 24-25 y "Alberdi y la política inmigratoria...", *op. cit.*, p. 338.

35. Manuel Antonio Zuloaga, "Alberdi y la política inmigratoria...", *op. cit.*, pp. 337 y 344. El artículo 31 de la Constitución de 1949 establece que los extranjeros "podrán nacionalizarse si han residido dos años continuos en el territorio de la Nación y adquirirán automáticamente la nacionalidad transcurridos 5 años continuados de residencia salvo expresa manifestación en contrario". En la ley reglamentaria de 1954 se aclara que la naturalización no es totalmente automática porque los extranjeros con más de cinco años de residencia en el país deben acreditar previamente su identificación con la Nación Argentina, no hallarse mentalmente incapacitados, tener medios honestos de vida, no ser nacionales de un país en guerra y no ejercer actividades que repugnen los artículos 15 y 21 de la Constitución Nacional. Carlos Juárez, "La ley de nacionalidad, ciudadanía y naturalización", *Hechos e Ideas*, Año XV, n 124-125, agosto-septiembre de 1954, pp. 324-327.

como desestabilizadores del orden social y político; contribuir al amalgamiento de la población y evitar desequilibrios demográficos regionales.³⁶

Si la conveniencia de poblar el territorio argentino con una inmigración seleccionada y encauzada está presente en la opinión de reconocidos intelectuales, políticos y hombres públicos argentinos, dicha idea también aparece en los trabajos académicos. Así por ejemplo José Imbelloni –naturalista y antropólogo de reconocida trayectoria, profesor de Antropología y Etnología General en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, director en los años cuarenta del Instituto de Antropología de dicha facultad y de su anexo el Museo Etnográfico– es convocado en 1947 por la *Comisión Nacional de Cooperación Intelectual* para dar su opinión acerca de los criterios de selección a tener en cuenta por el gobierno en su política inmigratoria. Descartado el peligro de la inmigración para la conservación de la “*unidad racial*” argentina y concebida la población como un factor imprescindible para el desarrollo de una nación, principalmente en aquellas cuyo cometido esencial y más urgente es la ocupación densa del suelo y su puesta en valor, Imbelloni sugiere la apertura de las puertas al trabajador extranjero. La clase de individuos que deben preferirse son los españoles e italianos por su cercanía cultural y “*racial*” y, desde el punto de vista de la calificación profesional, primero el servicio doméstico, después obreros especializados y por último agricultores para cumplir con los programas de colonización.³⁷

El pedido oficial de consulta a este prestigioso antropólogo no debe ser considerado como un hecho excepcional. Durante los años del primer peronismo la antropología, en proceso de construcción como disciplina académica, es utilizada como saber de Estado para elaborar lineamientos para las políticas de mejoramiento físico y moral de la población. Desde el Instituto Étnico Nacional, organismo de investigación del gobierno, se asesora a otras reparticiones en materia de inmigración, servicio militar, colonización, política indígena y planificación regional. Durante la gestión de su primer responsable, Santiago Peralta, también a cargo de la Dirección de Migraciones, se intenta resolver “*científicamente*” el problema de la política inmigratoria, la selección y la asimilación de las corrientes de extranjeros sobre la base de la antropología física. Separado de su cargo por pre-

36. “La denatalidad argentina, problema grave”, *Criterio*, n° 934, 7 de febrero de 1946, Año VIII, pp. 120-121, “Población rural y población urbana”, *Criterio*, n° 936, Año XVIII, 21 de febrero de 1946, p. 169, “Emigración”, *Criterio*, n° 978, 12 de diciembre de 1946, Año XIX, p. 569 y Gustavo Franceschi, “Concepto cristiano de las migraciones”, *Criterio*, Año XX, n° 1014, Buenos Aires, 28 de agosto de 1947, pp. 843-847. Un análisis de la relación de *Criterio* con el peronismo en: Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 93 y 348-350.

37. José Imbelloni, *La Formación Racial Argentina. Se reanuda la inmigración*, Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, Argentina en Marcha, Buenos Aires, Tomo I, 1947, pp. 223-308.

siones del campo político y de la academia internacional, quienes critican el sesgo restrictivo hacia determinados grupos de extranjeros de las medidas de admisión, Peralta es reemplazado por Salvador Canals Frau. Este profesor de Prehistoria, Arqueología y Antropología de la Universidad de Cuyo propone orientar al Instituto Étnico Nacional al estudio integral del conjunto de la población nacional desde una perspectiva antropológica amplia que incluye un encuadre técnico del tipo étnico argentino con abordajes humanistas centrados en la historia. A su vez, intenta revertir la imagen de falta de "seriedad científica" del organismo que dirige, por medio de la construcción de signos académicos como el "lenguaje neutro", la "ecuanimidad", y la "publicidad". En el año 1952 Canals Frau es cesantado de su cargo inaugurando así, para el Instituto, una etapa caracterizada por el asesoramiento en materia poblacional desde una óptica demográfica. Dirigido ahora por Osvaldo Osorio centra sus estudios, tal cual lo sugiere el Segundo Plan Quinquenal (1952-1956), en el fomento del crecimiento vegetativo (ya no en la inmigración) y en cuestiones de productividad.³⁸

También los geógrafos se hacen eco de la necesidad de renovar el flujo migratorio plasmando su opinión en el *Boletín de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* (GAEA). Dicha publicación, fundada en abril de 1922, se convertirá en el referente más importante de la geografía argentina, siendo testigo de ello el alcance de la divulgación de sus publicaciones, el lugar que muchos de sus miembros ocupan en las cátedras de geografía de las universidades públicas o de los institutos del profesorado, su intervención en la reformulación de los contenidos de la asignatura para el nivel medio o la organización en 1931 de la Primera Reunión Nacional de Geografía a la que concurren numerosos representantes de diversos organismos, universidades, sociedades científicas e institutos de investigación y docencia. Este afianzamiento institucional de la GAEA -que corre en paralelo con la consolidación académica de la geografía, hasta lograr su autonomía como carrera en las universidades de Tucumán (1948), Buenos Aires (1953), La Plata (1953) y Mendoza (1954)- se une a la creciente legitimación científica que obtiene la disciplina hacia fines de los años cuarenta. Por un lado logrará independizarse tanto de las ciencias naturales como de la antropología, recortándose en un discurso en el que los factores físicos y humanos se conjugan para abordar un campo de investigación más amplio: la sociedad y el Estado. Por otro, encontrará una legitimidad más extendida en la medida en que sus argumentos se centran en

38. Un análisis del proceso de construcción de la antropología como saber de Estado y como disciplina académica en: Axel Lazzari, "Antropología en el Estado: El Instituto Étnico Nacional (1946-1955)" en: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (compiladores), *Intelectuales y Expertos Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 203-229. Sobre la repercusión en la opinión pública de la polémica gestión de Santiago Peralta como director de Migraciones: Ignacio Klich, "Perón, Braden y el antisemitismo: opinión pública e imagen internacional", *Ciclos*, Año II, vol. 2, primer semestre de 1992, p. 12.

justificar “científicamente” la unidad nacional por encima de las evidentes diferencias entre las regiones en que se desagrega el territorio nacional.³⁹

La tarea de explicar la relación entre los “*desequilibrios regionales*” y el proceso de concentración y centralización económica, política y poblacional, iniciado a mediados del siglo XIX y acelerado entre los años de la guerra y de la posguerra, y al mismo tiempo negar que dicha aceleración afectara las bases de la unidad nacional que pretendía analizar, se despliega tanto en un sentido teórico (con el concepto de “*región geográfica*”) como metodológico (con el desarrollo de instrumentos de medición específicos). Es a partir de este nuevo enfoque que el factor población cobrará validez como objeto de estudio para la geografía. Así, para Federico Daus –miembro de la GAEA y del Comité Nacional de Geografía, profesor del Instituto del Profesorado Secundario y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA–, el capital humano debe ser sometido a la medición cuantitativa y analizado en sus características a fin de comprender los graves problemas demográficos que atraviesa el país desde 1918 –descenso del número y cambio de la composición del aporte inmigratorio, desplazamientos interregionales de población, concentración urbana– y orientar las futuras políticas que intenten remediarlos.⁴⁰

Una vez finalizada la guerra, los geógrafos participan con entusiasmo (y tal vez con la seguridad de que se trata de un tema que les es pertinente) del debate acerca de las posibilidades que se abren frente a la gran oferta inmigratoria. Si bien su opinión es favorable al ingreso de extranjeros, sugieren la adopción de políticas selectivas y medidas de control de la población incorporada. Para lograr estos objetivos proponen el estudio cuidadoso de las necesidades económicas y sociales del país y la renovación de los instrumentos de medición y cálculo demográficos, a través de investigaciones técnicas y científicas –emprendidas en forma particular o por medio de instituciones oficiales o privadas–, que cuenten con el apoyo material del Estado.⁴¹

Los problemas de la población, sobre todo el estancamiento de su crecimiento, y sus posibles soluciones, comienzan a ser no sólo un tema abordado por la opinión pública sino también un espacio de conflicto entre los distintos sectores académicos que creen detentar saberes específicos. Todavía lejos de la profesionalización de los estudios demográficos, una clara pretensión de abordarlos con “*intención científica*” no excluye la presencia de matrices de ideas concebidas en el diálogo entre el siglo XIX y el XX.

39. Patricia Souto, *Geografía y Universidad. Institucionalización académica y legitimación científica del discurso territorial en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, Cuadernos de Territorio n° 8, Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 1996, *op. cit.*, pp. 91-95, 106-110.

40. Federico Daus, “El cuarto censo nacional”, *Anales de la GAEA*, Tomo V, 1937, pp. 461-462.

41. G.G. Dept, “Problemas de Geopolítica”, *Boletín de la GAEA*, n° 24, julio 1947, pp. 37-46 y Roberto García Gache, “El Segundo Plan Quinquenal y la Geografía”, *Boletín de la GAEA*, n° 30, diciembre de 1953, pp. 17-18.

2.2 Avance de las ideas "natalistas"

El optimismo de aquellos que, durante los años del primer peronismo, conciben a la inmigración como la solución a los problemas demográficos, contrasta con la opinión de otros que, sin descartar el aporte extranjero, defienden la prioridad de reforzar los recursos endógenos de la población. Esta corriente que hemos dado en llamar "natalista", aparece con timidez a mediados de los años treinta en el discurso de tipo nacionalista, es crecientemente legitimada por los estudios demográficos de Alejandro Bunge, y cobrará inusitada fuerza en la década del cincuenta.

El director de la REA muere en mayo de 1943, pero sus discípulos formarán meses más tarde el *Instituto Alejandro Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales* con el que procuran perpetuar la tarea científica y académica del maestro. Para cumplir con este objetivo se proponen "realizar estudios, investigaciones y publicaciones sobre los hechos sociales, económicos y financieros argentinos, con métodos estrictamente científicos y objetivos", promoviéndolos en todo el país y, como programa educacional, "encaminar y formar en ese género de tareas a jóvenes universitarios argentinos". Si bien el Instituto asume el carácter de "fundación" patrocinada por la familia Bunge y en virtud de ello participarán en el consejo directivo siete de sus familiares directos, en su mayoría no titulados, el resto de sus miembros son reconocidos hombres públicos, profesionales, profesores universitarios o técnicos al servicio de instituciones estatales o reparticiones públicas, o todas esas cosas a la vez.

Uno de los primeros resultados del Instituto fue la publicación, en 1945, del libro "Soluciones Argentinas a los Problemas Económicos y Sociales del Presente". El mismo surge como compilación de los trabajos realizados por sus miembros, aparecidos en el reconocido diario católico *El Pueblo* entre junio de 1943 y diciembre de 1944. En su prólogo se advierte que como la Argentina atraviesa por una "etapa de transición en su vida económica y social" -habiendo superado la fase agraria ha entrado vigorosamente en la de la industrialización- resulta fundamental preguntarse qué perspectivas le depara el período de posguerra.⁴²

El Instituto asumirá como propia la tarea de diagnosticar y de proponer soluciones técnicas al conjunto de problemas resultantes de esta transición, siguiendo la línea interpretativa de Bunge. En lo que concierne a la población los dos temas centrales de la reflexión girarán nuevamente en torno al descenso de la natalidad -a pesar de reconocer que los datos estadísticos aportados por el Censo Escolar de 1943 mostraron que se había producido una estabilización de la tasa general de natalidad en las provincias del oeste, del norte y en la Capital- y al enve-

42. Instituto Alejandro Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales, *Soluciones argentinas a los problemas económicos y sociales del presente*, Buenos Aires, Imprenta Kraft, 1945, pp. 3-4.

jecimiento de la población, causada esta última tanto por el estancamiento del crecimiento vegetativo como por el alargamiento de la vida media gracias a los progresos higiénicos y médicos alcanzados en la última centuria. De allí que sostenga que como “*el solo crecimiento natural de nuestra población no asegura el necesario volumen compatible con el progreso económico y éste, por lo tanto, alcanzará muy pronto su punto de saturación*”, es conveniente contar con el aporte inmigratorio como una herramienta temporaria. De todos modos el ingreso de extranjeros debe ser regulado por un sistema de cuotas, similar al de la ley norteamericana de 1924, pero no es seguro que se produzca porque depende de la actitud que asuman los países europeos en relación con la emigración de sus trabajadores una vez finalizada la guerra.⁴³

La REA retomará estas dudas desde sus páginas sugiriendo la conveniencia de tener presente que como “la inmigración no fue causa del progreso de la Nación, sino más bien efecto de ese progreso”, la Argentina debe arrogarse el derecho de seleccionarla y hasta de prohibirla según el dictado de sus necesidades. Avanzando con seguridad en sus convicciones “natalistas” sostiene que el aporte de extranjeros podrá infundirle “sangre nueva” a la población pero no contribuirá a “elevar la actual tasa de natalidad ni siquiera a mantenerla en su actual nivel”. Ello se debe a que, para los colaboradores de la revista, las causas de la “desnatalidad” no se encuentran ni en el origen étnico de la población, ni dependen de su cantidad o del progreso material de la sociedad, sino en el debilitamiento de las “ideas morales y religiosas” en el mundo moderno. De allí que la única forma de paliarla sea a través de medidas que tiendan a devolver la “*dignidad*” al matrimonio y a la familia.⁴⁴

Una vez presentada públicamente la política de población de la administración peronista, contenida en el Primer Plan Quinquenal de Gobierno (1947-1951), algunos miembros del Instituto presentarán ciertas objeciones, a pesar de que otros de sus integrantes habían colaborado activamente en la confección del Plan Quinquenal, sea por haberlo presidido como Secretario de Asuntos Técnicos de la Presidencia (Figuerola), sea por haber participado en la redacción del apartado referido a la población (Carlos Correa Ávila). Las mismas parecen fundarse en las reticencias del grupo a que se le concediese a la inmigración un papel excesivo al que le correspondía: una estrategia de corto plazo para asegurar la mano de obra

43. Ibid, pp. 221-248.

44. “¿Conviene a la Argentina la llegada de un gran caudal humano?”, Informes, notas y comentarios, REA, Año XXVI, n° 320, febrero de 1945, pp. 58-60; Eduardo Coghlan, “¿Es la mujer extranjera más prolífica que la Argentina?”, REA, Año XXVII, n° 324, junio 1945, Tomo XLIV, pp. 297-301; Eduardo Crespo, “El problema vital de la Argentina”, REA, Año XXVII, n° 324, junio 1945, Tomo XLIV, pp. 302-303; Eduardo Coghlan y César Belaunde, “La denatalidad en la Argentina. Aspectos del problema. Causas y remedios”, REA, Año XXVII, n° 328, octubre 1945, Tomo XLIV, pp. 494-496; n° 329, noviembre 1945, pp. 529-535 y n° 330, diciembre 1945, pp. 577-581.

necesaria para cumplir con los planes de industrialización del gobierno. En efecto, la discusión se había instalado en el seno de la comisión redactora del Plan Quinquenal -y se dejaba entrever en el por momentos confuso texto final del mismo- entre aquellos que defendían una posición claramente "natalista" para asegurar la multiplicación del factor población y aquellos que, retomando la idea decimonónica de "*poblar el desierto argentino*", estaban dispuestos a abrir las puertas a la inmigración tentando a los contingentes extranjeros con la promesa del acceso a la propiedad de la tierra.

De allí que los miembros del Instituto muestren su desacuerdo con la asimilación que se hace en el Plan de los conceptos de inmigración y colonización ya que debían legislarse, según su criterio, de forma separada. Los argumentos esgrimidos son por un lado que el trabajo de la tierra no puede en la Argentina ocupar a los más importantes contingentes de una considerable inmigración puesto que el aumento de la producción agropecuaria, en respuesta a las demandas del consumo interno, "quedará satisfecho mediante el simple crecimiento vegetativo de la actual población productora y con ayuda del perfeccionamiento técnico en constante progreso". Por otro, que la colonización debe legislarse por separado porque es al productor residente en el país al que debe beneficiar principalmente a través del acceso a la propiedad. De esta forma se fijará a las familias a la tierra y se asegurará, con ello, su incremento vegetativo.⁴⁵

A similares conclusiones parece arribar la Sociedad Rural Argentina quien, presentando su opinión acerca del Primer Plan Quinquenal ante el Senado de la Nación, recuerda que los principales problemas que atañen al crecimiento vegetativo de la población local, "*canal legítimo y permanente del incremento demográfico*", sólo pueden ser aminorados con el recurso transitorio de una política inmigratoria de tipo aperturista. Para esta institución la verdadera solución se encuentra en una reforma agraria, conducida bajo un plan conjunto entre los poderes nacional y provinciales, que ponga término al éxodo rural, promueva el arraigo del hombre en el campo y atempere, con ello, los graves índices de mortalidad infantil, desnutrición e inaptitud física de jóvenes y adultos. Por otra parte considera que los beneficios otorgados por la ley a los inmigrantes deberían hacerse extensivos con preferencia a los hijos del país y sería conveniente estudiar las condiciones bajo las cuales se ha de dar acceso a los extranjeros a la propiedad de una tierra cuyas características desconocen.⁴⁶

Conforme va terminando la década del cuarenta una pregunta parece organizarse en el pensamiento "natalista" acerca de la población: ¿cuál es la "*tercera posición*" en política demográfica? La revista *Dinámica Social* -integrada por nacionalistas restauradores, mayoritariamente profascistas, pero también republicanos, católicos y defensores del hispanismo, que intentaron influir ideológica-

45. "Plan de Gobierno 1947", *Informes, notas y comentarios*, REA, Año XXVIII, n° 341, noviembre de 1946, pp. 391-397.

46. Sociedad Rural Argentina, *Inmigración y Reforma Agraria*, Buenos Aires, 1947.

mente sobre los cuadros de la dirigencia peronista y sobre los sectores medios de la sociedad en general- hará suya la defensa de la “tercera posición” teniendo con ello un punto de contacto con el oficialismo. Desde sus páginas abordará con frecuencia cuestiones tales como la familia agricultora y el derecho agrario, la educación rural, la despoblación del campo y el problema inmigratorio, la “desagrarización” como fenómeno social y la administración de la tierra pública, en el marco del nuevo orden sancionado por la Constitución de 1949. En virtud de que la familia, junto a la propiedad, el Estado y la Iglesia, son considerados los pilares fundamentales de la “tercera posición”, el problema de la natalidad decreciente, y sus posibles soluciones, pasan a formar parte de la agenda de preocupaciones de la revista.⁴⁷

Carlos Correa Ávila retoma el tema en uno de sus artículos. Según su opinión el potencial de un país se encuentra en su población, de allí que naciones como Rusia tengan grandes perspectivas de desarrollo autónomo. Sin embargo, en un país despoblado como el nuestro, la crisis de la natalidad “no se resuelve en sede económica, ni en sede agronómica; sólo encontrará su remedio en sede filosófica; en la zona de los primeros principios, en el área de las verdades absolutas.”⁴⁸

Un par de años antes de la publicación del artículo, Correa Ávila había escrito en colaboración con Emilio Llorens un libro sobre demografía argentina en cuyas páginas ya estaban anunciadas las bases de una política demográfica nacional. Según los autores “para una nación, su vigor y supervivencia está directamente relacionada con el crecimiento del número de habitantes y su salud física y moral”. La denatalidad provoca consecuencias económicas desastrosas en una comunidad en tanto produce un disloque entre la producción y el consumo al aumentar la proporción de personas adultas y, al disminuir la proporción de jóvenes, tiende a reducir el rendimiento del trabajo y la adaptación de los trabajadores a las nuevas modalidades de la técnica. De allí que una política demográfica apropiada deba fomentar la nupcialidad y la natalidad, tomar medidas para lograr la disminución de la mortalidad y estimular la inmigración sana, moral y físicamente, asimilable y económicamente útil.⁴⁹

Si la inmigración podía ser considerada todavía en esos años como parte del remedio a la falta de población, los primeros años de la década del cincuenta asis-

47. Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 340-344 y Noemí M. Girbal-Blacha, “Armonía y contrapunto intelectual: *Dinámica Social* (1950-1965)”, en: Noemí Girbal-Blacha-Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar...*, op. cit., pp. 399-422.

48. Carlos Correa Ávila, “La crisis demográfica de la raza blanca”, *Dinámica Social*, Año 1, n° 3, 1950, pp. 30-32.

49. Carlos Correa Ávila y Emilio Llorens, *Demografía Argentina. Esbozo de una política demográfica*, Universidad Nacional de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1948, pp. 63-69.

ten a un quiebre en el seno de la concepción que hemos dado en llamar “natalista”. En el año 1953 Ovidio Ventura, miembro del *Instituto Alejandro Bunge*, reconoce que ya no es posible contar con certidumbre con el mantenimiento de corrientes inmigratorias intensas desde Europa. “Su población ya no crece como a fines del siglo pasado y principios de éste y es probable que vencidas las dificultades económicas del presente, los países europeos traten de retener sus propias poblaciones evitando que emigren hacia otros continentes”. De allí que la necesidad de lograr un desarrollo armónico y geográficamente equilibrado de la población, le lleve a sugerir la necesidad de formular y practicar una política demográfica que tienda a “incrementar y mantener nuestro crecimiento vegetativo, sobre la base de un aumento de la nupcialidad y de la fertilidad conyugal y una disminución de la mortalidad general y principalmente infantil y de un aumento de la vida media”. Ello permitirá además “fortalecer la unidad étnica y desarrollar los caracteres propios de nuestro pueblo, consolidando nuestra homogeneidad racial y amalgamación social, sin depender exclusivamente del aporte extranjero”.⁵⁰

Esta preeminencia de las ideas “natalistas” dentro del pensamiento poblacionista argentino parece ser confirmada en el ámbito de los enunciados políticos. El *Segundo Plan Quinquenal*, a pesar de no ser encargada la redacción de su apartado sobre población a los miembros del *Instituto Alejandro Bunge* sino a los funcionarios del Instituto Étnico Nacional, establece un nuevo orden de prioridades según el cual el crecimiento vegetativo debe estar por encima del aporte inmigratorio. Para lograrlo se promueve el incremento de la natalidad y la disminución de la mortalidad, especialmente la infantil. La inmigración pasa a subordinarse, así, tanto a las “posibilidades de absorción” de la población local como al desarrollo de las “regiones infrapobladas”. Con ello el Estado argentino deja de lado el proyecto inmediatista de atraer fuerza de trabajo extranjera y apuesta, a través de normas concretas, al crecimiento endógeno de la población y al reaseguro de los términos cualitativos de su existencia.⁵¹

A modo de conclusión

El impacto que tuvieron las ideas de Bunge en el campo de la reflexión del poblacionismo argentino de la primera mitad del siglo XX resulta hoy indudable. Tanto sus colaboradores y discípulos como sus pares en otros ámbitos de las ciencias o de la opinión pública participaron del debate por él inaugurado sobre las causas y, con ellas, las posibles soluciones de los problemas demográficos del momento.

50. Ovidio Ventura, *Tendencias y estructura de la población argentina*, Buenos Aires, 1953, p. 31.

51. *Segundo Plan Quinquenal*, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1953, Capítulo I, “Organización del Pueblo. Población”.

El optimismo en la inmigración como instrumento para paliar las consecuencias del inevitable descenso del crecimiento de la población, fue paulatinamente abandonado en su pensamiento a favor de estrategias de tipo “natalistas”. Sus fatalistas previsiones acerca del futuro demográfico argentino, y las herramientas propuestas para su solución, fueron defendidas por un significativo sector de la opinión pública y de estudiosos de la población –en su mayoría ligados al pensamiento nacionalista– aún cuándo las posibilidades abiertas a la inmigración por la finalización de la Segunda Guerra Mundial, mostraban otros caminos.

En este sentido, los años cincuenta parecen marcar el verdadero límite en el pensamiento poblacionista argentino. No sólo porque los recursos externos para el estímulo del crecimiento demográfico como la inmigración habían desaparecido – siempre quedaban los extranjeros de los países limítrofes que por esos años habían reemplazado en cantidad pero no en “calidad” a los de origen europeo– sino porque los datos aportados por el IV Censo de Población Nacional (1947) constataban que las previsiones de Bunge no se habían registrado y que los índices de natalidad antes que descender iban en aumento.

A pesar de la inserción de sus miembros en la estructura administrativa del Estado peronista y del intento de explicar las inexactitudes de las previsiones de Bunge, en base a errores del material estadístico con el que contaba su maestro y la imposibilidad de anticipar la primavera inmigratoria de la segunda posguerra, la *Revista de Economía Argentina* y el *Instituto de Estudios Económicos y Sociales* van perdiendo legitimidad institucional a medida que sus hipótesis se ven despojadas de su “validez científica”. Ambos organismos desaparecen en el año 1952. Paulatinamente, una nueva verdad autorizada sobre los estudios de la población argentina –basada en la inhabilitación de su adversario científico a partir de la demostración del error de utilizar la previsión como método y de los motivos de dicho error– parece conformarse de la mano de Gino Germani, responsable de culminar con el proceso de profesionalización de la demografía en las tierras del Plata.⁵²

52. Algunos intentos de disculpar los pronósticos errados de Bunge en: Emilio Llorens, “Causas del aumento de la natalidad”, *REA*, Año XXX, n° 350, agosto de 1947, pp. 224-225 e *Informes, Notas y Comentaríos*, “Acerca de los resultados del IV Censo: el crecimiento de la población argentina”, *REA*, Año XXX, n° 352, octubre de 1947, pp. 307-310. Por su parte, Gino Germani analiza los datos proporcionados por los cuatro primeros censos nacionales y por la mayor parte de las estadísticas económicas, respecto de las permanencias y modificaciones de la estructura social argentina, en su libro “*La estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*”, publicado en 1955 pero concebido algunos años antes de su aparición. Sobre la transición del método bungeano al germaniano ver: Jorge Pantaleón, “Las estadísticas nacionales. Usos sociales de la ciencia y el estado (Argentina, 1914-1955)”, *VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia*, Salta, 19-22 de diciembre de 2001, pp. 24-30.

RESUMEN

El objeto de este artículo es demostrar la existencia de una mirada alternativa dentro del pensamiento poblacionista argentino a partir de la década de 1930. Se trata de la posición "natalista" que, lejos de apostar en forma exclusiva a la inmigración para lograr la multiplicación del capital humano, comienza a pensar en la posibilidad de reproducir los factores endógenos de la población. El origen de esta idea puede hallarse en la comprobación de la caída de los índices de natalidad y de la dependencia del flujo migratorio de contextos excepcionales mundiales como las guerras, las crisis económicas y las políticas restrictivas del Estado argentino. El fin de la Segunda Guerra Mundial y la consecuente disponibilidad de aspirantes a inmigrar, junto con las políticas aperturistas del primer gobierno peronista le restarán fuerza, por algunos años, al discurso "natalista". Así y todo, esta primavera "inmigracionista" se prolongará solamente hasta los primeros años de la década del cincuenta. Una vez detenido el flujo migratorio europeo, la necesidad de reproducir a la población a través del incremento de la natalidad obtendrá consenso en el ámbito de las ideas y en el de la enunciación de políticas.

ABSTRACT

The aim of this article is to show the existence of an alternative view inside argentinian demographic thought from the decade of 1930 onwards. It is the "natalist" position, that far from encouraging exclusively immigration in order to multiply human capital, starts thinking about developing factor endogenous to population. The origins of this idea can be traced in the verification of descending birth rates and dependence of migratory flows on exceptional international contexts such as wars, economic crisis and on argentinian State's restrictive policies. The end of Second World War and the consequent existence of persons willing to immigrate, together with the open policy of the first peronist government, undermined for some years the "natalist" discourse. However, this "immigrationist" season lasted only until the first years of the 1950s. Once the European flow stopped, the need to increase population trough higher birth rates gained consensus in the environment of ideas and formulation of policies.

